

ACOTACIONES Á LA CONQUISTA DEL DESIERTO

POR EL

Ing. Jacinto del Viso

En mi artículo sobre "La Conquista del desierto", publicado en los números 1-2 del año 1933 de esta Revista, hacía resaltar su importancia, conveniencia y oportunidad, y las fecundas y benéficas consecuencias que nos proporcionó. Allí abogaba también porque se estudiase en los colegios de segunda enseñanza esta parte de nuestra historia, a fin de que los futuros ciudadanos tengan idea siquiera de los sacrificios que costó al país la posesión de la tierra que constituye la Patria, pues no es posible que se dé más importancia al Chacho y otros bandoleros de la incipiente nacionalidad argentina, que al general Roca, que libró a la Nación, constituída ya, de la horrible pesadilla de los indios. En el estudio de la historia antigua que se hace en nuestros colegios nacionales, se menciona, al hablar del Egipto faraónico, el nombre de un aventurero que expedicionó al "País del Punt" y volvió trayendo como trofeos y prueba de conquista algunos prisioneros y unos monos enjaulados.

Como después de esta publicación se me hicieron objeciones sobre la autenticidad de los hechos que refiero relativos a la guerra con los indios, la ferocidad de sus malones, la cantidad de lanzas que podían reunir en sus devastadoras irvasiones y la importancia de la campaña militar del general Roca, citando en contra de mis afirmaciones los relatos del Dr. Adolfo Saldías en su "Historia de la Confederación Argentina", que en los capítulos XXI y XXII (tomo II, pág. 138 y siguientes) estudia este punto y afirma con la mayor frescura que quien conquistó el desierto y acabó con los indios fué Rosas y que el general Roca no hizo más que pasearse por un país conquistado donde no había enemigos a quienes combatir.

Lo que ha querido decir Saldías es que entre las fuerzas na-

cionales del general Roca y los salvajes no hubo batallas campales, lo que es efectivamente cierto, porque es sabido que los indios no presentaban batalla sino cuando estaban seguros de triunfar, pues toda su estrategia se reducía a hostilizar al enemigo y hacer una guerra de recursos, de montoneras y de escaramuzas para debilitarlo y cansarlo. Pero el general Roca, como he dicho, adoptó la práctica de los grandes capitanes, de batir al enemigo con sus propios métodos: dejó a un lado la táctica prusiana de atacar en grandes masas, y siguió en cambio la ranquelina de hostilizar constantemente al enemigo con partidas volantes, ligeras y ágiles que aparecían y desaparecían con celeridad pasmosa, y se presentaban por donde menos esperaban los indios, para introducir la desorientación y el terror entre las tribus; y así fué destruyendo las tolderías hasta acabar con ellas; de modo que cuando vino la acción de conjunto, los salvajes se habían sometido o habían desaparecido.

He conocido la historia de Saldías después de escrito el artículo, y he quedado admirado de que un intelectual de su ilustración y capacidad pueda afirmar que en tiempo de Roca **no había indios en el desierto**, y más todavía cuando cita en su apoyo al mismo general. Leyendo esta parte de la obra de Saldías, después de conocidos los hechos documentados en que fundo mi artículo, he llegado al convencimiento de que esa obra no es más que un panegírico de Rosas como dice el Dr. López en su historia (Tomo X, pág. 443, Apéndice IV). Y es que la historia de Saldías ha sido escrita con una información unilateral: papeles de Rosas, informes de Rosas o de sus amigos y de la prensa de la época según las citas que hace; y es sabido que en 1832 Rosas suspendió los periódicos que lo molestaban, y dictó una ley de imprenta a su modo para amordazar a la prensa, porque teniendo la suma del poder público, que le había otorgado la legislatura, podía hacer eso y mucho más. Cuando este cuerpo le quitó las facultades extraordinarias, Rosas presentó su renuncia e insistió tres veces en ella hasta que le fué aceptada, pero antes decretó la formación de un parque en Guardia del Monte, a donde hizo llevar todas las armas y municiones que había en Buenos Aires, y proyectó la expedición al desierto para lo que la legislatura autorizó un empréstito de un millón de pesos papel. Con esto, “Ro-

“sas se proponía salir del gobierno para ir a ponerse al frente del ejército y gobernar desde el campamento al gobernador y al pueblo”, (Bilbao, págs. 301 y 305). Y así fué, efectivamente, pues cuando volvió, el ejército no reconocía ningún gobernador, y los que se nombraban renunciaban acto continuo. A mediados de 1834, fué nuevamente elegido Rosas, que renunció varias veces consecutivas, hasta que al año siguiente se le acordó la suma del poder público y entonces aceptó.

Durante la campaña del desierto, Rosas se ocupó más de intrigar al gobierno de Buenos Aires que de dominar a los indios; y al efecto informó al ejército que el gobierno trataba de anarquizarlo, dividirlo y sublevar las indiadas, negándole los recursos para la prosecución de la campaña, por lo que se vió obligado a continuarla con recursos propios y de sus amigos. Dió el pasaporte a los jefes y oficiales de cuya fidelidad dudaba (Saldías, II, 158), y antes de volver hizo jurar al ejército sumisión a las leyes y subordinación a las autoridades (Saldías, II, 172); pero esas leyes debían ser las que él mismo impusiera; y las autoridades, la que él representaba, y nada más.

Una lectura ligera de esta parte de la obra de Saldías deja la impresión de que la campaña de Rosas fué eficaz, decisiva y completa y que los indios fueron exterminados; pero estudiándola con detención se observan algunas incongruencias que llevan la duda al espíritu menos suspicaz. El señor Saldías tiene mala memoria, o en su afán de ensalzar a Rosas, no se da cuenta que se contradice a sí mismo. Así, por ejemplo, en la página 141 dice que “los indios chilenos y ranqueles eran batidos (marzo de 1833) por las divisiones de Aldao y Huidobro”. Todo el mundo entiende que “batir”, tratándose de una acción de guerra, es vencer al enemigo, derrotarlo, dispersarlo, ponerlo en fuga, y esto es lo que resulta de la transcripción anterior, tanto más cuanto que agrega en la pág. 151, al describir la batalla de las Acollaradas, en la que se presentó Yanquetruz con mil combatientes, que “los indios fueron arrollados y obligados a retirarse, dejando como 160 muertos, entre los que se contaban tres hijos de Yanquetruz y los caciques Painé” y otros.

Luego añade que el coronel Rodríguez, de la división de Rosas, destacado para operar en el país ranquelino, “batió los restos

“de la indiada de Yanquetrú”, sometió algunos caciques y tomó muchos prisioneros y volvió al campamento central “con gran cantidad de cautivos y sin dejar indios enemigos en el territorio que recorrió” (pág. 167).

El coronel Ramos, también de la división de Rosas, expedicionó al norte y oeste hasta los Andes, llegó al cerro Payén y a las inmediaciones de San Rafael en Mendoza “acuchillando y apresando a los indios ranqueles y chilenos que pretendían pasar la cordillera”, y “con 400 hombre había verificado la batida que debió efectuar la división **Derecha** que mandaba Aldao” (pág. 166).

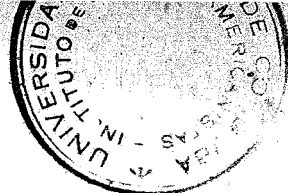
De lo expuesto resultaría evidente que esta parte del desierto fué completamente dominada, sino por las divisiones de Aldao y Huidobro, por las correrías de Rodríguez y Ramos; por eso dice Saldías que las columnas expedicionarias “campearon victoriosas por el país de los ranqueles y la Pampa Central” (pág. 169), pues las divisiones antes citadas fracasaron completamente (págs. 162 y 169).

A pesar de todo lo relatado, dice Saldías que los únicos indios que no pudieron reducir las divisiones de Rosas fueron los ranqueles y araucanos (pág. 177); mientras que de lo anteriormente expuesto se desprende que debían haber desaparecido de la haz de la tierra.

Es fuera de duda que los ranqueles que invadían continuamente el sur de Córdoba y las provincias limítrofes, no cesaron en sus malones después de la campaña de Rosas; antes al contrario, los realizaron con más frecuencia y ferocidad, como vamos a verlo, pues aquella campaña nos dió resultados contraproducentes.

Garzón refiere en su “Crónica de Córdoba”, tomo II, páginas 386 y siguientes, la parte que le cupo a Córdoba en la expedición de Rosas al desierto en 1833, y la funda en los datos y antecedentes suministrados por Saldías y en los sacados de nuestros archivos.

Como es sabido, el ejército expedicionario se componía de tres divisiones: la de la Izquierda, mandada por Rosas; la del Centro, por el general José Ruíz Huidobro; y la de la Derecha, por el general José Félix Aldao, alias el fraile, siendo Quiroga general



en jefe, que a pesar de esto no fué al desierto so pretexto de que él no entendía de guerra de indios.

En la división de Ruíz Huidobro, que debía salir de nuestra provincia, iba el regimiento de **Dragones Confederados de Córdoba** al mando del coronel Francisco Reinafé, hermano del gobernador. En marzo de 1833, llegó a Sabeu o Soben, en la provincia de San Luis, pero muy cerca del límite de Córdoba, y tuvo dos encuentros con los indios de Yanquetruz en las Leñitas y las Acollaradas (Albarracín, pág. 46). Que fueron dos los encuentros parece fuera de duda, y así también lo manifiesta Saldías cuando dice que en uno de ellos "no pudo sacar ventaja a consecuencia de " haberse desbandado una parte de las caballería" (pág. 150), y en el otro les causó los 160 muertos que ha referido, contándose entre éstos el cacique Painé (pág. 151). Este cacique no pudo haber sido muerto en ese combate, porque dos años más tarde sucedió a Yanquetruz en el cacicazgo general de los ranqueles y fué el fundador de la **Dinastía de los Zorros**, que luchó medio siglo con los ejércitos de la civilización (Zeballos, Painé, LV, LX y LXI). Mansilla también lo menciona en su Excursión a los Ranqueles (XXXIII), y hasta transcribe una carta de Rosas a su ahijado Mariano en que lo recuerda con cariño. Es pues un error de Saldías incluir a Painé entre los muertos en el combate de las Acollaradas.

Este mismo historiador dice que Ruíz Huidobro persiguió a los indios hasta las tolдерías de Carifilum y que sus partidas recorrieron parte del desierto; pero que tuvo que retirarse y abandonar la persecución porque el gobierno de Córdoba no le proporcionaba los recursos necesarios, como el mismo general se lo escribió a Quiroga desde las Acollaradas el 4 de abril de 1833, según carta que transcribe Saldías (II, 408). En ella Ruíz Huidobro le hecha la culpa a los cordobeses de todo su descalabro, desde la pérdida de las caballadas hasta el robo de 1340 cabezas de ganado.

Si efectivamente no se le suministraron esos recursos, fué, como dice Garzón, por la desconfianza que inspiraba y que luego justificaron los hechos (II, 398).

Vuelto Ruíz Huidobro a Río Cuarto, el comandante de la frontera del Sauce don Manuel Esteban del Castillo, se suble-

vó contra el gobierno, se apoderó de aquella villa y poco después de la misma ciudad de Córdoba (13 de junio).

El coronel Reinafé, que estaba preso en ésta, **por desobediencia al jefe del ejército del centro**, fué puesto en libertad y marchó a Tulumba, donde estaba el gobernador; formó allí un cuerpo de caballería, y cuando volvió, se le unieron los 150 infantes de la guarnición, y con esta fuerza atacó y derrotó a del Castillo al día siguiente de apoderarse de la ciudad, y lo puso en precipitada fuga.

Se formó proceso a los revolucionarios, en el que salió comprometido el mismo general Ruíz Huidobro. El gobernador delegado se dirigió al de Buenos Aires, general Balcarce comunicándole estos hechos y pidiendo el enjuiciamiento de aquél, al que se formó proceso militar. Poco después obtuvo el sobreseimiento de su causa, lo que disgustó al gobierno de Córdoba.

El juicio instaurado al coronel Reinafé por **desobediencia al jefe del ejército del centro** fué sometido a un tribunal especial que lo declaró inocente, previo un informe de la legislatura en el que se establecía “que las órdenes que le fueron dirigidas por “ el general del Ejército del Centro envolvían presunciones misteriosas y que podían muy bien servir de base para calcular resultados funestos a la Provincia de Córdoba...” (Ganzón, II, 424 y 425).

A causa de estos hechos y otros que se produjeron como consecuencia, se volvieron tirantes las relaciones entre los gobiernos de Córdoba y Buenos Aires y hubo un cambio de notas agrias y altisonantes entre ambos. En la pasada el 14 de agosto de 1834 por el primero, le decía al segundo: “Todavía, Exmo. Sr., se “ están sintiendo los funestos efectos de las males causados por “ el Ex General Huidobro en su extraviado manejo. Aún las Provincias de San Luis y Córdoba sufren la osadía de los salvajes “ en sus continuas incursiones” (Garzón, II, 434).

Efectivamente, apenas retirada la división de Ruiz Huidobro del país ranquelino, los indios se rehicieron rápidamente y volvieron a asumir la soberanía del desierto, y en enero de 1834, hallándose casi desguarnecida la frontera, llevaron a cabo numerosos malones con su obligada secuela de robos, incendios y matanzas. Fueron víctimas de estas incursiones Achiras, Fraile Muerto,

las Tunas, Río Tercero, Desmochados, Reducción, La Carlota y Río Cuarto, en nuestra provincia; San José del Morro, en la de San Luis, y llegaron a poner sitio a esta misma ciudad (Cárcano, XVI).

El asesinato de Quiroga, acaecido en febrero de 1835, absorbió toda la actividad del gobierno y distrajo la opinión pública, que se olvidó de los indios y concentró su atención en este luctuoso acontecimiento, que produjo tantos trastornos en la política del país. Hubo muchos malones, y las poblaciones se defendieron como pudieron, pues el gobierno no estaba en condiciones de atenderlas.

Llegado don Manuel López a la gobernación de la provincia, a fines de ese año, y después de algunos decretos de carácter político o administrativo, se preocupó con toda diligencia de perseguir y aprehender a los complicados en el asesinato de Quiroga; y el 8 de febrero de 1836 delegó el mando en su ministro González y se trasladó a defender la frontera sud amenazada por los ranqueles. En abril tuvo dos encuentros sangrientos con ellos en la Carlota, los derrotó y corrió hacia tierra adentro. Luego visitó “los fuertes de toda aquella línea, preparándolos para rechazar una invasión de ranqueles y araucanos unidos, que tuvo lugar en el año siguiente a pesar de tratados que celebró con “los primeros” (Garzón, II, 511 y 512).

La invasión a que se refiere la cita fué la que llevaron los ranqueles a Río Cuarto el 6 de octubre de 1837 y que he mencionado en mi artículo. Dicha invasión se componía de 700 indios de pelea según el parte oficial pasado al gobierno por el comandante de la frontera del sud don Juan Pablo Sosa con fecha 9 del mismo (Archivo de Gobierno, año 1837, libro 152, legajo 1). Esta invasión fué repetida poco después, como he dicho.

El regimiento Húsares de la Guardia, que constituía la guarnición de Río Cuarto, fué remontado a 600 plazas, y se construyeron fuertes en Santa Catalina, San Fernando, Jagüeyes, Sampacho y Achiras (Garzón, III, 33 y 34).

En 1839 los indios volvieron a invadir por la frontera sud, pero fueron nuevamente rechazados por el coronel Juan Pablo Sosa y propusieron tratados de paz “que aceptó el gobierno, de acuerdo con los de Mendoza y San Luis”.

El presupuesto general de la administración para 1839 era de 180000 pesos y las fuerzas de guarnición de la frontera que estaban en Santa Catalina, San Fernando, Jagüeyes, la Carlota, Reducción, Achiras, Saladillo, Villa Nueva y Río Cuarto, los piquetes de la frontera del Chaco y la guarnición de la Capital costaban al erario alrededor de 130000 pesos (Garzón, III, 55, nota), es decir, casi las tres cuartas partes de la renta, o tal vez más, pues la hacienda que consumían esas guarniciones se pagaba con vales que jamás cobraban sus propietarios y que generalmente se los pitaban.

Tratándose de una administración tan reconocidamente honesta como la de don Manuel López, en que no se dilapidaba un centavo, no es posible suponer que se gastara más de lo estrictamente necesario en el mantenimiento de las guarniciones de la frontera; y que si éstas se mantenían en pié de guerra, era porque debían ser absolutamente necesarias para la defensa y seguridad de las poblaciones y estancias de la campaña, constantemente amenazadas por los malones.

De lo que acaba de exponerse resulta que las invasiones de los indios continuaron con más furor y encarnizamiento después de la campaña de Ruiz Huidobro, y que lejos de disminuir, parece que aumentaban cada vez más, lo que prueba con toda evidencia que esa campaña fué un fracaso, como lo voy a comprobar con otras citas.

En carta de don Antonio Félix de Meneses, que fué primer ayudante del general Pacheco en la campaña de 1833, fechada en Mercedes el 9 de Julio de 1870 y dirigida a don Federico Terro, le dice que Aldao y Ruiz Huidobro se dejaron sorprender por los indios, perdieron toda la caballada y no tuvieron más recurso que la retirada (Saldías, II, 364). En carta de Rosas al mismo, fechada en Southampton el 17 de septiembre de 1870, le dice que dos divisiones de indios chilenos compuestas de mil individuos cada una, sorprendieron las divisiones de Aldao y Ruiz Huidobro y les quitaron las caballos (Saldías, II, 387).

Ya se ha visto que este autor dice que la persecución que hizo Ruiz Huidobro a la indiada de Yanquetruz, no le dió resultado por haberse desbandado una parte de la caballería. No se resuelve sin embargo a decir la verdad y confesar lisa y llana-

mente que los indios le arrebataron la caballada y la hacienda que tenía para el consumo del ejército, por lo que se vió obligado a emprender la retirada.

En cuanto a las dos divisiones de indios chilenos que menciona Rosas, no debe haber sido más que una, porque Yanquetruz, después de batirse con Ruiz Huidobro y alzarse con los arreos que le quitó, marchó a buscar la división de Aldao, la que encontró en una posición difícil de atacar al arma blanca, por lo que se alejó dejando “fuertes patrullas de indios veteranos, que causaron al cristiano zozobras continuas y pérdidas irreparables” (Zeballos, Painé, LIII).

Según Cárcano (IX), los robos de hacienda que hacían los indios a la división del centro mantenían al ejército en una ansiedad constante, y una partida volante de aquéllos le arrebató 1300 cabezas de vacunos que se tenían en pastoreo para su aprovisionamiento (VIII). Como consecuencia, el ejército empezó a sentir los horrores del hambre, viéndose obligado a comer los caballos inútiles por flacos o cansados (VIII).

El Dr. Estanislao S. Zeballos, que es uno de nuestros intelectuales que más se ha preocupado y escrito sobre cuestiones de indios y del desierto, al referir esta expedición se funda en los datos del diario de campaña del coronel Jorge Velasco que mandaba la brigada de infantería de la división de Aldao que debía operar conjuntamente con la de Ruiz Huidobro.

Según Zeballos, (Painé, LIII), Yanquetruz sorprendió a Ruiz Huidobro en la laguna de las Leñitas y dividió su ejército en dos partes: mientras una echaba pié a tierra para batirse con las fuerzas de éste, la otra, montada, le arrebataba los arreos de vacas y caballos y se alejaba rápidamente, “dejándolo a pié y con hambre en medio del desierto”. La división contramarchó hacia Córdoba después “de este rudo e inesperado fracaso”. Asegurado el botín, los indios huyeron de acuerdo a la táctica ranquelina que hacía consistir la victoria, no en el triunfo de las armas, sino en la apropiación de los efectos y bastimentos quitados al enemigo.

Ruiz Huidobro era un hombre de salón, fatuo, orgulloso y muy pagado de sí mismo, que creía demostrar su importancia militar en la pulcritud y elegancia del traje, en la vida fas-

tuosa que llevaba aún en campaña, y en la brillante comitiva que siempre lo acompañaba como si fuera un mariscal de Napoleón; era, como decía Quiroga, un general de papel, a la extranjera, que viajaba en galera, con cocineros, poetas y hasta bufones; y no podía concebir que una horda de salvajes sin armas, sin instrucción ni disciplina militar pudiera derrotar a un ejército regular con un militar de escuela al frente, como se creía a sí mismo.

Quiroga le confió el mando de la división para que la disciplinara a la europea, es decir, para que le enseñara las **figuras de contradanza** que tanto había admirado y ridiculizado en el ejército del general Paz, pues Ruiz Huidobro había sido oficial del ejército español, aunque entre nosotros fué cómico y bailarín antes de ser militar.

Por eso lo molestaba la presencia de Reinafé, que era un testigo incómodo y vigilante que podía penetrar los secretos designios que tenía contra el gobierno de Córdoba. Trató de alejarlo, y con el pretexto de que había desobedecido sus órdenes, lo mandó preso a la ciudad. Así quedaba en condiciones de proceder con toda libertad y fomentar la revolución que se estaba gestando en su cuartel contra aquel gobierno.

El fracaso de la expedición fué irremediable, como dice Cárcano (XVI); completo, como lo manifiesta Saldías (II, 169); rudo e inesperado, como afirma Zeballos (Painé, LIII); y terminante, como lo justifican los hechos posteriores que he referido. El combate de las Acollaradas, que tanto entusiasmo a algunos escritores, si fué efectivamente una victoria, fué una victoria a lo Pirro.

Los que defienden esta desgraciada campaña se fundan en una carta de Rosas a Quiroga fechada en el campamento del Río Colorado el 20 de julio de 1833, en que le dice que Yanquetruz sufrió una derrota completa y tuvo un número considerable de muertos (Saldías, II, 371). Aunque Rosas sintiera íntima satisfacción por el fracaso de las fuerzas organizadas por Quiroga, entraba en sus conveniencias halagar la vanidad del caudillo de los llanos para tenerlo siempre propicio y hacerlo servir con fidelidad a sus propósitos ulteriores.

En cuanto a la división de la Derecha, mandada por Aldao, también fracasó, y después de vagar seis meses por las inmedia-

ciones del Río Salado, Chadileubú de los ranqueles, y sostener encuentros parciales casi diarios con partidas volantes de indios que lo hostilizaban continuamente, volvió en octubre a Mendoza, “y el honor de la campaña fué discernido a Yanquetruz por los “mismos jefes cristianos, que tantas ilusiones habían acariciado “al comenzar las operaciones”. (Zeballos Painé, LIV).

El coronel Velasco, en su diario de campaña, rinde un justiciero homenaje de admiración a los ranqueles, que dió motivo al Dr. Zeballos para terminar el capítulo últimamente citado con estas palabras: “Jamás fué tan completo y elocuente el elogio tributado al talento inculto y al valor temerario de un enemigo victorioso, en desproporcionada lid contra el arte militar y contra “los grandes elementos de la civilización”.

Las invasiones de los ranqueles a nuestra provincia continuaban sin interrupción. El Dr. Justiniano Posse, siendo gobernador de Córdoba, le escribe al presidente de la República, general Mitre, con fecha 7 de abril de 1863, y le dice que “los indios “invadieron el Río 4° y llevaron cautivos y todas las haciendas que “quisieron” (Archivo del general Mitre, tomo XXIV, pág. 128). El coronel Baigorria, que estaba con su cuerpo en Río Cuarto para defensa de esa frontera, le escribe también al presidente con fecha 21 de septiembre de 1863, y le manifiesta su opinión de que es necesario acabar con los ranqueles, pues “cada día van “creando más cuerpo esos enemigos”; y que él cree que su cacique Mariano está de acuerdo con los montoneros de La Rioja y San Luis (mismo tomo, pág. 189). Don Régulo Martínez, superintendente de rentas de la Nación, en viaje de inspección por razón de su cargo, le escribe desde Córdoba al presidente con fecha 18 de noviembre de 1864, y le dice que en la ciudad “hay “alarma y descontento general a causa de las frecuentes invasiones de indios, hasta el punto de decirse y quizá de creer, que el “Gobierno Nacional se gozaba de ellos” (mismo libro, pág. 197).

Los ranqueles mantenían la soberanía de la pampa y la apoyaban en un ejército de mil lanzas por lo menos, con el que asolaban las provincias limítrofes de su vasto imperio. Zeballos dice que Painé, que murió en 1847, “mandaba mil guerreros, y estos constituían una caballería que el arma blanca no tenía rival”; y luego agrega: “Desde 1855 hasta 1875, los ranqueles no cesa-

“ ron de concurrir con feroces contingentes, hasta de mil lanzas, “ a la devastación de las fronteras de Buenos Aires, acometidas “ por Callvucurá y su sucesor” (Zeballos, Painé, LVII y LXXIX). El general Mansilla, en el epílogo de su conocida obra sobre los ranqueles, estima que éstos podían disponer de mil trescientos indios de pelea, y se funda en los datos tomados personalmente por él sobre el terreno en su célebre excursión de 1870.

Los ranqueles eran irreductibles y dieron siempre mucho trabajo a las fuerzas nacionales que expedicionaron contra ellos, porque después de la corrida que le hicieron a Aldao y Ruiz Huidobro y de la precipitada retirada del general Emilio Mitre en 1858, habían quedado ensoberbecidos y se consideraban invencibles.

El general Bartolomé Mitre, siendo presidente de la República, en carta a Calfucurá de 10 de enero de 1863, lo trata como amigo, le reclama por los continuos robos que hacen los indios, y por una reciente invasión a Bragado y Rojas, y le dice que está resuelto a poner término a esos robos escandalosos; que como no tiene guerra que lo distraiga ni más atención que cuidar la frontera, se está preparando para escarmentar a esos indios ladrones e ir a buscarlos hasta el fin del mundo si fuere necesario; que será como un padre cariñoso para los indios que estén en paz; que a él y a sus capitanejos amigos les ha de señalar un sueldo arreglado a sus necesidades y les ha de dar grados militares con sus despachos correspondientes. Le comunica una reciente expedición del coronel Vedia a los ranqueles, en que mató 25 indios, tomó 30, les quitó 3000 vacas, 5000 ovejas y 1000 yeguas; les quemó las tolderías, arrasó sus sementeras y les hizo todo el mal que pudo; y que va a hacerles una guerra a muerte hasta que los concluya o le pidan la paz (Archivo del general Mitre, tomo XXIV pág. 80).

Muy fuertes y poderosos debían estar los ranqueles cuando para someterlos y evitar sus continuas incursiones se necesitaba todo el poder de la Nación, a estar a las manifestaciones del presidente general Mitre; pero no pudo llevar a cabo su pensamiento porque la guerra contra el tirano del Paraguay no le dió tiempo para organizar el ejército y prepararlo en la forma que proponía el general Paunero en 1864, y las cosas quedaron como es-

taban, o tal vez peor, porque los ranqueles, ensoberbecidos con sus continuos triunfos, se tornaron más insolentes y agresivos. Las campañas de 1833 no dieron más resultado que fortalecer el poder ranquelino, que disciplinó mejor sus huestes, aumentó su ejército y lo adiestró más hábilmente para la guerra con el cristiano.

Pasaré ahora a la división de la Izquierda mandada por Rosas, que según Saldías conquistó todo el desierto, pues dice que “desalojó a los indios desde Bahía Blanca hasta las cordilleras, “y desde la frontera de Mendoza hasta Magallanes” y luego agrega: “es evidente que las divisiones de Rosas concluyeron las indiadas que recorrían aquella vasta extensión de territorio” (II, 177). En la pág. 169 ha dicho que “las columnas expedicionarias “campearon victoriosos por el país de los ranqueles y la Pampa Central; por toda la línea de los Ríos Negro, Neuquén y Limay; “por la región andina hasta la frontera de Mendoza, y por la región de Valchetas hasta enfrentar al cabo de Hornos”. Lo mismo podía haber dicho que hasta enfrentar al Polo Sud. Desde Valchetas, que queda un poco al norte del paralelo 41, hasta el cabo de Hornos, situado próximo al 56, hay más de 1650 kilómetros de distancia, con el estrecho de Magallanes de por medio. El afán de Saldías de ensalzar a Rosas lo lleva a relacionar los puntos que tocó alguna partida de su expedición con otros situados a distancias fantásticas.

En la página 168 dice que el mayor Ibañez concluyó con los últimos indios que quedaban al sur del Río Negro; y en la 170, que Rosas destruyó caciques, rescató más de 4000 cautivos, puso fuera de combate más de 10000 indios, y que al volver de la expedición de 1834 atacó y castigó duramente a los voroganos que se habían sublevado, matando más de 1000 indios, y “así “acabó la última indiada que quedaba en el desierto”. Finalmente, en la pág. 180 dice que es una verdad que “atestiguan también las personas que formaron parte de la División Izquierda “en 1833, que con las solas fuerzas de esta división, Rosas concluyó con los indios del desierto”. Y basta por el momento de transcripciones. Parece que Saldías quiere convencer a sus lectores de que **Rosas concluyó con los indios del desierto**, en fuerza

de repetir esta frase, como el herrero que forja el hierro a fuerza de machacar.

Si Rosas concluyó con los indios del desierto, como lo ha repetido hasta el cansancio, y si éstos no se multiplican como los cristianos, según lo expresa en seguida (II, 179), lo que efectivamente debía ser así porque la mortalidad infantil era pavorosa entre los indios (Zeballos, Painé, LIX), ¿de dónde salieron entonces los 5000 lanceros que levantó Calfucurá al día siguiente de Caseros para atacar las poblaciones fronterizas y llevar a cabo sus formidables malones? No siendo posible suponer que los indios surgieron por generación espontánea y se multiplicaron como los panes y los peces del milagro histórico, es lógico deducir que existían en el desierto: luego Rosas no los acabó, ni mucho menos.

Bajo el gobierno de éste no hay datos de grandes malones de indios, porque como se sabe éstos eran sus aliados y amigos y no invadían sino por las estancias de los unitarios, respetando la de los federales. Los salvajes de la pampa eran encargados de acabar con los **salvajes unitarios** de la campaña, así como Rosas los exterminaba en las ciudades. Mientras Rosas gobernó al país, Calfucurá y sus indiadadas se mantuvieron fieles y obsecuentes al tirano, con la única excepción del levantamiento que realizaron de 1840 a 1845 y que ahogó el general Pacheco en 1846.

Los indios no sabían trabajar y vivían al día sin pensar ni preocuparse del mañana, y no se comprende cómo podían mantenerse sin recurrir a los malones para procurarse el sustento. En ese tiempo había en la campaña de Buenos Aires una enormidad de hacienda alzada o cimarrona, que eran **res nullius**, cosa de nadie, y los gauchos sacrificaban grandes cantidades de ellas por interés del cuero o el sebo, abandonando la carne, que no valía nada, a la voracidad de las aves de rapiña o los carnívoros del desierto, salvo quizá un matambre o la lengua que sacaban para churrasquear o salar. De este modo pasaban inadvertidos los robos de unos pocos centenares de vacas o yeguas que podían hacer los indios; a pesar de esto, Rosas les asignaba anualmente algunos miles de cabezas para su sostenimiento. Por otra parte, saqueaban impunemente las estancias de los opositores a Rosas

validos del cintillo federal que usaban. Como esos opositores eran los **inmundos, salvajes y asquerosos unitarios**, no hacían reclamaciones porque sabían que no serían escuchados; y sobre todo eso importaría una declaración de su filiación política y su calidad de salvajes, lo que tal vez era peor. Por esta razón no hay antecedentes oficiales de incursiones vandálicas de indios en la provincia de Buenos Aires bajo la tiranía de Rosas.

Pero una vez desaparecido éste, Calfucurá se creyó desligado de sus compromisos con el gobierno, asumió su título de Emperador de la Pampa y se alzó en armas al frente de 5000 jinetes, con los que recorría y asolaba la campaña de Buenos Aires por el Tandil, Azul, Olavarría, Alvear, Bragado, Junín, Rojas y otros puntos, y por el sud de las provincias de Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Este alzamiento de Calfucurá, citado por el Dr. Zeballos (Calfucurá, XIII y XIV) y el capitán de fragata Albarraicín (págs. 53 y 54), está fundado en datos y antecedentes que obran en los archivos de la Nación y de la provincia de Buenos Aires, y no es posible suponer que se haya fraguado posteriormente sólo para desprestigiar a Rosas.

Ya se ha visto que en 1855, siendo ministro de Guerra y Marina de la provincia de Buenos Aires el entonces coronel Bartolomé Mitre, militar de talento y acción, salió con el ejército del estado a contener la invasión de Calfucurá y castigar a los alzados, pero tuvo que volverse dejando en su lugar al general Hornos. El parte de Mitre al gobierno lo transcribe Zeballos (Calfucurá, XVI), y en él dice que la frontera estaba “seriamente comprometida por la confederación más vasta de tribus del desierto que haya tenido lugar desde el tiempo de la conquista”

El general Hornos, al frente de un ejército de 3000 hombres, sin incluir los oficiales, 12 piezas de artillería y 2000 caballos, atacó a Calfucurá en 1856; fué “estrepitosamente derrotado”, como dice Zeballos (Calfucurá XVIII), sufrió pérdidas considerables y tuvo que ponerse en precipitada fuga.

Los indios debían estar en número mucho mayor para derrotar a un enemigo disciplinado y aguerrido, provisto de armamento muy superior al de ellos, dirigido por oficiales de escuela y que disponía de todos los recursos de la civilización; y así no es exagerado el número de indios que se atribuye a Calfucurá,

pues en todos los combates de que se tiene conocimiento, siempre las fuerzas regulares han sido menos de la mitad de la de los indios, y salieron victoriosas. Estos hechos, perfectamente documentados y comprobados por centenares de personas, están en contra de las afirmaciones de Saldías de que Rosas **concluyó con los indios del desierto**, y como son rigurosamente auténticos, vienen a demostrar de un modo indudable que Rosas **no concluyó con esos indios**, porque a esos 5000 guerreros corresponde una población de 50000 almas, según el principio estadístico que cita el general Mansilla en el epílogo de su Excursión a los ranqueles, de que el diez por ciento de la población de un país es apta para el servicio de las armas; pero esta proporción es un poco mayor entre los indios que servían en el ejército desde los 16 hasta los 50 años. Adoptando pues un coeficiente de $12\frac{1}{2}\%$ siempre nos daría una población de 40000 almas.

Se puede determinar por otros antecedentes que el ejército de la barbarie era tan numeroso como se ha dicho. En carta del coronel Emilio Mitre a su hermano don Bartolomé, ministro de Guerra y Marina de Buenos Aires, fechada en el campamento el 19 de septiembre de 1855, le dice que la reciente invasión fué de 4000 indios y no pudo oponerse a ella ni darles "siquiera un pescozón" por falta de caballos (Archivo del general Mitre, tomo XV, pág. 129). En carta de don Ramón Vitón, desde el Azul, el 21 del mismo mes y año, le dice al referido ministro que los indios lograron su intento porque los caballos del ejército estaban inservibles (mismo tomo, pág. 130). En otra carta de 5 de octubre del mismo año, el coronel Emilio Mitre le dice a su hermano que el Tandil y Lobería se están despoblando a causa de las continuas invasiones, y que cree necesario, para atajar el mal, poner allí una división de 800 hombres; que los indios por primera vez invaden "en masas tan considerables por un solo punto, aplicando sin saberlo, el principio de guerra más adelantado", que está abatido por no haber tenido elementos para pelear "después que los indios habían conseguido un triunfo tan marcado": que por cerca de San Antonio estaban reconcentrados como 3000 indios; y que para hacer la campaña con fruto se necesitarían 4000 hombres en vez de los 3000 que creía suficientes su citado hermano (mismo tomo, pág. 188). En otra carta del mismo

(pág. 194), de 24 de noviembre de 1855, le dice que por noticias que tiene pronto podrá disponer de una fuerza de 2500 hombres de caballería con los que se puede intentar “algún movimiento “ofensivo” y llevar una sorpresa sobre Guaminí. En la pág. 201 hay una carta de 12 de noviembre de 1855 del comandante don Benito Machado al general Hornos en que le dice que por Lobrería y Tandil invadieron 2000 indios o más, llevándose “inmensidad de haciendas” y quemando todas las casas, después de saquearlas, incluso la del que escribe.

Cuando el entonces coronel B. Mitre salió a campaña para contener la invasión de Calfucurá, recibió una comunicación del oficial mayor de su ministerio en que le dice que sabe por un oficial mandado por Urquiza a las provincias del interior, que en Río Cuarto se decía que 5000 indios trataban de llevar una invasión a la frontera sud de Buenos Aires (libro citado, pág. 205).

El 29 de septiembre de 1855, don Mariano C. Echenagucia le escribe desde Buenos Aires al coronel B. Mitre adjuntándole unos apuntes sobre el equipo del soldado de caballería, y en ellos dice que en su opinión se necesitan 5000 hombres para expedicionar sobre Salinas, debiendo quemarse los campos a fin de que los indios no puedan invernar sus caballos (mismo libro, pág. 221).

Muy grande debía ser el poder de Calfucurá cuando los militares que luchaban con él creían que para batirlo se necesitaba un ejército de 4 a 5000 hombre de las tres armas, equipado y pertrechado con los últimos adelantos del arte militar y rígidamente disciplinado.

Era tal la importancia que adquirió Calfucurá después de la victoria que obtuvo sobre le general Hornos, que su solo nombre inspiraba supersticioso terror y se llegó hasta pensar en poner precio a su cabeza. Uno de los jefes de frontera, don Antonio Llorente, le escribió con fecha 5 de noviembre de 1856 al ministro de Guerra y Marina de Buenos Aires, coronel Bartolomé Mitre, comunicándole y consultándole el plan que tenía para aniquilar a los indios, que era buscar al indio Cristo y ofrecerle 1500 o 2000 yeguas por la cabeza de Calfucurá. Dice que esto no sería honroso tratándose de “un hombre racional o que fuera “gente”, pero que a estos indios él los consideraba lo mismo que “cualquier otro animal”. (Archivo citado, tomo XV, pág. 204).

Según Zeballos, "Cristo era uno de los grandes de "la corte "ranquelina" y aparece en 1855 como aliado de Buenos Aires Callvucurá, LXVIII).

El desastre del general Hornos produjo en Buenos Aires una sensación de estupor, hubo interpelaciones en la Cámara, y el ministro de Guerra y Marina, coronel Bartolomé Mitre, amenazaba con su renuncia. En la frontera los soldados estaban desmoralizados y los jefes abatidos. Los indios estaban engreídos con sus triunfos repetidos, como decía el coronel Emilio Mitre en su carta citada de página 194. La desorientación y el desaliento cundían en las filas del ejército, que estaba como aturdido, y nadie sabía a qué atenerse.

Nada demuestra mejor el estado calamitoso de la campaña de Buenos Aires en ese tiempo, que una carta que con fecha 19 de abril de 1857 dirige el comandante de Pergamino, don Juan G. Aguilar, al juez de paz de 25 de Mayo pidiéndole informes sobre los sucesos de actualidad, y dando su parecer sobre los mismos, y en la que entre otras cosas le dice hablando de los bárbaros: "como hasta hoy todo el mundo los respeta, hacen sus invasiones, llevan cuanto quieren, cautivan nuestras paisanas y se ríen de la nulidad de nuestras espadas; y si usted quiere, amigo, tienen razón, porque nosotros les hemos dado ese lugar, para que estén engreídos, por los muchos triunfos que han tenido sobre "nuestras fuerzas" (Archivo del general Mitre, tomo XV, pág. 60).

Las luchas entre la Confederación y Buenos Aires aumentaban esa incertidumbre, los jefes de la frontera entraban en relaciones con los indios y celebraban arreglos y tratados de paz. Catriel se entendía con Mitre, y Calfucurá con Urquiza; pero estos tratados de paz eran como he dicho muy deleznable y se trasgredían según la conveniencia de los indios, que estaban hoy con unos y mañana con otros, como sucedió en Caseros, Cepeda y Pavón.

Mientras tanto, los indios imperaban como dueños absolutos del desierto, y los poderes públicos de la civilización, tanto el de Buenos Aires como el de la Confederación, no podían evitar la esclavitud de los cristianos que estaban en poder de los indios, y para rescatar cautivos tenían que comprarlos, como se ve por los antecedentes que paso a exponer. En carta del general Rivas

de 19 de Junio de 1860 al general Mitre, que era gobernador de Buenos Aires, le decía que por intermedio de Catriel, que estaba bien dispuesto, podría ofrecerse comprar a Calfucurá todas las cautivas que tuviera mediante el precio que le pareciera bien al gobernador (Archivo citado, tomo XXII, pág. 39). En carta del mismo Calfucurá a Urquiza, en 1858, le comunica que le remite 35 cautivas por las que se le ha pagado 350 pesos; que está haciendo diligencias para juntar y mandarle otras, pero le avisa “que en el Azul las pagan mejor” (Archivo citado, tomo XVII, pág. 123). Ya se ha dicho que en 1857 el Congreso de Paraná votó 25000 pesos para rescatar cautivos.

El gobierno no omitía gastos para obsequiar a los caciques y conservar su amistad. Don Juan Noguera escribe desde Fuerte Esperanza al coronel B. Mitre el 24 de marzo de 1857 comunicándole que el general en jefe tuvo una entrevista en San Benito con los caciques Catriel y Cachul y les dió un banquete y 1500 yeguas para asegurar la paz, pues se temía una invasión de Calfucurá y Cristo (Archivo citado, tomo XV, pág. 167). El comandante de Patagones, don Julián Murga, le escribe al presidente de la República general Mitre, el 30 de julio de 1863, dándole cuenta que ha invertido 63000 pesos en regalos para obsequiar a los caciques que han ido a visitarlo (Archivo Mitre tomo XXIV, pág. 50).

Por este solo dato puede calcularse lo que costarían al gobierno las numerosas embajadas que mandaba la barbarie a los presidentes Urquiza y Mitre, en uno de las cuales el primero hizo bautizar a Namuncurá con el nombre de Manuel y le sirvió de padrino.

En todos los tomos citados del Archivo del general Mitre, y en varios otros, se encuentra numerosa correspondencia de los caciques al general Mitre cuando fué ministro de Guerra y Marina de Buenos Aires, luego gobernador y más tarde presidente de la República. Todas esas cartas se reducen a quejas de la mezquindad y procedimientos de los jefes de frontera, acusaciones contra los otros caciques y pedidos incesantes que variaban según la importancia del que escribía. Calfucurá pedía de a 500 vacas, otras tantas yeguas, chapeados, estribos y frenos de plata, ponchos, mantas, trajes, ropa interior, sombreros, botas fuertes,

yerba, azúcar, bebidas, tabaco, plata en efectivo y muchísimas cosas más. Cuando Calfucurá mandaba un emisario terminaba su correspondencia pidiendo que se le diera a su enviado mil o dos mil pesos porque era muy pobre.

Los caciques del desierto habían adquirido una importancia tal que trataban al gobierno de potencia a potencia, lo que redundaba en detrimento del país y en desmedro de la civilización. La beligerancia que se les concedía los hacía más altivos y petulantés, excepto cuando se trataba de pedir, que se manifestaban respetuosos y sumisos.

Voy a establecer, basado en otros antecedentes, el número de guerreros que podían poner en armas los caciques del desierto. Según Zeballos, Calfucurá disponía por el año 1857 de 800 guerreros propios, aunque en otra parte dice que llegaban a 1000. Catriel reúne 800 lanzas y Coliqueo 200, según el parte del general Rivas sobre la acción de San Carlos (Calfucurá, XLIV, LXXV, XCVIII, XCIX, CXII y CXIII). Schoo Lastra le adjudica a Catriel 800 lanzas y 1500 a Reuqué Curá, hermano de Calfucurá (págs. 227, 230 y 174). El comandante de Patagones, don Julián Murga, en carta al presidente general Mitre, de 8 de marzo de 1863, le dice que Reuqué Curá, que vive sobre el Río Negro, tiene más indiana que el mismo Calfucurá (Archivo Mitre tomo XXIV, pág. 49).

En otra carta del mismo comandante Murga al presidente, de 26 de junio de 1863, le eleva para su aprobación un tratado que ha celebrado con el cacique Huineaval, y le manifiesta que cree conveniente celebrar tratados iguales con los caciques Quitraillán y Seihueque, que importarán entre los tres un gasto no mayor de 100000 pesos anuales, con la ventaja por otra parte de que estando en paz se podría formar con esos caciques una liga de poder más fuerte que el de Calfucurá y Catriel "pues no contaría menos de dos mil indios" (Archivo Mitre, tomo XXIV, pág. 105).

En resumen: resulta que la confederación de las tribus del desierto podía poner en armas el siguiente número de combatientes, por lo menos: los ranqueles, como se ha visto, 1000 lanzas; Calfucurá, 800; Catriel, 800; Coliqueo, 200; Reuqué Curá, sólo 1000 de las 1500 que le supone Schoo Lastra; Seihueque, Huin-

caval y Quitraillán, 1200 de las 2000 que le adjudica el comandante Murga, lo que hace un total de 5000 lanzas, que era el número que acaudillaba Calfucurá después de Caseros, número que como he dicho corresponde a una población de 40000 almas y que está de acuerdo a lo que resulta de la campaña del general Roca en que los indios muertos y prisioneros fueron 14000, otros tantos sometidos y otro número igual de desaparecidos o emigrados a Chile, lo que nos daría 42.000 habitantes. El censo general de la República de 1869 daba a los territorios nacionales del sud una población indígena de 42850 habitantes; y aunque los indios no pudieron ser censados, su número se determinó por los informes suministrados por los jefes de los fortines inmediatos a ellos, las autoridades civiles y militares y los misioneros de cada región, según se expresa en el "Censo de los Territorios Nacionales" de 1912 (pág. 33). Se ve por esto que Rosas no concluyó con los indios, como dice Saldías.

En el número de lanzas que he citado no entran las que vinieron de Chile en varias oportunidades a reforzar el poder de Calfucurá, el gran señor de los desiertos argentinos y Emperador de la Pampa. Aunque algunos escritores dicen que Reuqué Curá vivía en Chile, no es así, porque, como se ha visto, este cacique estaba en relación con la comandancia militar de Patagones y tenía sus tolderías en las faldas orientales de los Andes, que era lo que los indios y chilenos llamaban "Chile Oriental". En un mapa que hicieron confeccionar los últimos figuraba con ese nombre todo el territorio que se extiende desde el Río Negro al sud hasta el cabo de Hornos, según lo atestigua una carta escrita en Valparaíso en 1864 por don Gregorio Beeche al presidente general Mitre, en la que le dice que si quiere puede mandarle también el referido mapa (Archivo Mitre, tomo XX, pág. 105).

Todos los militares argentinos de alguna significación han tenido actuación más o menos destacada en el desierto, y así puede verse en las biografías que publicó el general Garmendía, de los coroneles Charlone, Rosetti y Díaz y del general Paunero, que se batió con Calfucurá en Sol de Mayo y Cristiano Muerto en 1857; y el mismo Garmendía dice que anduvo en correrías tras de los indios y se halló en varios encuentros con ellos.

Por ese año arreciaron las invasiones de Calfucurá, que enva-

lentonado por el sonado triunfo que había obtenido el año anterior sobre el general Hornos, se creía invencible y asolaba la campaña con numerosos y terribles malones para mantener el prestigio de sus armas y llevar el terror al campo del cristiano. Por eso dice Garmendia en la biografía del general Paunero que los indios habían tomado una "supremacía insolente" y "la guerra del desierto asumía entonces un carácter serio" (capítulo V). Ante este avance de la barbarie, y a principios de 1858, "Buenos Aires invadía los desiertos con cinco mil soldados — todo su poder" (Zeballos, Callvucurá, XXVIII). Los indios depusieron las lanzas y entraron en relaciones con los jefes militares y comandantes de frontera mientras pasaba el nublado: habían desensillado hasta que aclarase según la gráfica expresión de un político cordobés. Por eso ese año fué de tregua; pero como a principios del año siguiente ya se veía la inminencia de la guerra entre Buenos Aires y la Confederación, que debutó en Cepeda (1859) y epilogó en Pavón (1861), el ejército de la primera se retiró a sus cuarteles para prepararse; y los indios, libres de todo temor, realizaron en ese intervalo los malones de magnitud aterradora que he referido, y que continuaron todo el tiempo que el general Mitre ejerció la presidencia de la República, pues como es sabido la guerra con los montoneros en el interior y con el tirano del Paraguay en el exterior absorbió todas las actividades del gobierno durante ese período.

Llegado Sarmiento a la presidencia, y terminanda la guerra exterior, resolvió la ocupación de la isla Choele-Choel, sobre la que se efectuaron dos reconocimientos, uno por agua y otro por tierra: fué lo suficiente para que Calfucurá, sintiendo herido el corazón de la barbarie, intimara a Sarmiento el desalojo de Choele Choel. Apoyaba su intimación concentrando 6000 lanzas en Salinas Grandes, y escribía al mismo tiempo al coronel Alvaro Barros, jefe de la frontera sud de Buenos Aires, manifestándole que tenía 5000 lanzas más en Chile prontas a pasar los Andes para defender la integridad del Imperio de la Pampa y declarar la guerra a Sarmiento; pero que si se retiraban las fuerzas de Choele-Choel no habría nada y seguirían en paz. Sarmiento prefirió la paz. (Zeballos, Callvucurá, XCIV, XCV y XCVI; Albarraeín, págs. 64, 65 y 68).

ONCE MIL LANZAS amenazaban la soberanía de la Nación, apenas transcurrido un tercio de siglo desde que **Rosas concluyó con los indios del desierto**, y dos lustros antes de que el general **Roca comprobara que en el desierto no había tales indios**, según lo afirma Saldías en su historia (II, 179 y 180), que no se hubiera atrevido afirmar el mismo Rosas. Y digo esto porque a propósito de la campaña de la división del Centro, dice Rosas en la carta a Terrero, que los indios le quitaron los caballos a Ruiz Huidobro, mientras Saldías sostiene que hubo apenas un desbande de parte de la caballería.

La acción de Rosas en el desierto fué más política que militar; pero política criolla nuestra, política baja, a base de mentiras, intrigas e infamias. Empezó por indisponer al ejército con el gobierno de Buenos Aires, como he dicho; y en la carta a Quiroga a que he hecho referencia, le decía que no le “comunique nada por conducto del gobernador Balcarce”. Según la carta de Meneses, que he citado, la política de Rosas en el desierto era hacer pelear las tribus unas con otras y así se deshacía de las dos; lo que indudablemente fué así porque el mismo Rosas le decía a Quiroga “que había esperanzas que los voroganos cargasen a los ranqueles”.

Esta modalidad de Rosas era muy típica de él, porque del mismo modo procedía con sus partidarios del interior. Como mantenía correspondencia activa con los principales hombres del país, conocía los secretos, las intrigas y las rivalidades que existían entre ellos, y cuando quería deshacerse de uno le mandaba al otro la correspondencia del que había caído en su desgracia, para que el afortunado procediera como se estilaba en esos tiempos en que la vida de un hombre, por más importante que fuera, valía tanto como la de una sabandija; y así llegó a hacer fusilar al Dr. Fermín Manrique en esta Ciudad (Garzón, III, 140 a 143).

Cuando Rosas volvió del desierto en 1834, atacó y castigó duramente a los voroganos, que se habían sublevado según dice Saldías (II, 179); pero Zeballos dice que “destacaron una embajada seguida de quinientos apuestos mocetones, para felicitar a Rosas y devolverle en prenda de paz todos los cautivos que tenían en los toldos” (Callueurá, I). Entre estas dos versiones de las relaciones de Rosas con los voroganos, es más aceptable la

de Zeballos, pues en la carta de aquél a Quiroga le decía que tenía esperanza de que los voroganos cargasen a los ranqueles, lo que indicaría que estaba en buenas relaciones con los primeros desde que podía inducirlos a atacar a los segundos, a quienes no habían podido dominar las divisiones del Centro y de la Derecha. Además, el ejército volvía de la campaña diezmado, desfallecido y sin ánimo de combatir, agotado por los rigores del invierno austral.

Se sabe, sin embargo, que quien atacó y castigó de una manera sangrienta a los voroganos fué Calfucurá, que a base de una vil estrategia se apoderó de las llanuras en que vivían tranquilamente, después de pasar a cuchillo a sus jefes, capitanejos, ancianos, adivinos y principales dignatarios de la tribu, imponiéndose por el terror y haciéndose proclamar “sobre el médano en sangrentado de Masallé, cacique general del inmenso Imperio de la Pampa” (Callvucurá, II y III); Albarracín, pág. 51, nota 2). Esta destrucción de los voroganos por Calfucurá, que fué el pedestal de su futuro poder, la atribuye Saldías al exhausto ejército de Rosas a su vuelta de la campaña del desierto.

Ya se ha visto que Calfucurá era chileno y su fama se extendía hasta el otro lado de la Cordillera, de donde venían continuamente nuevas tribus atraídas por la fertilidad del suelo, la benignidad del clima y el renombre del cacique que las recibía con toda clase de consideraciones porque aumentaban la población y reforzaban el ejército. Estas migraciones beneficiaban a Chile que se libraba de una turba belicosa y rapaz, y perjudicaban en cambio a la Argentina, que las incorporaba a su seno. Rosas no se oponía a estas invasiones pacíficas porque Calfucurá era su amigo y aliado, y no tomaba a mal que aumentara su ejército, que en todo caso podía hacerlo servir a sus intereses, como lo comprueba la batida que dió Calfucurá a los voroganos en 1838, y los escuadrones de la Pampa que estuvieron a su lado en Caseros.

Se ha visto también que las relevantes condiciones personales de Calfucurá lo elevaron rápidamente en el concepto público, y pudo llegar a dominar y gobernar dictatorialmente todas las tribus de la Pampa y de la Cordillera como digno sucesor de Lautaro y Caupolicán. Fué, como todo dictador, temido, respetado, estimado

y adulado. Los escritores y militares argentinos que se han ocupado de él lo consideran un genio.

No aparece en suelo argentino hasta después de la expedición de Rosas al desierto, pues ni antes ni durante esa expedición se mencionaba su nombre en parte alguna. Probablemente vino de Chile el año 1835, como dice el manuscrito sobre la historia de la nación Llalmache que encontró el Dr. Zeballos en los médanos de la Pampa (Calvucurá, I, nota y II). Ya se ha dicho como llegó este famoso caudillo a enseñorearse de Masallé (Calvucurá, III): por medio de una estratagema que envolvía una vil traición y que parece hubiera sido concebida por la mente de Rosas, quien hasta su casamiento lo realizó mediante un ardid por el estilo.

Es sabido que Rosas, durante el tiempo que estuvo en sus estancias, cultivó la amistad de los caciques y jefes indios, que lo respetaban, lo temían y acudían a él en consulta para dirimir sus diferencias y resolver sus cuestiones particulares, y así se hacía de gran ambiente entre ellos que lo llamaban padre (Pelliza, pág. 88); y según Saldías (II, 139), atrajo dentro y fuera de la línea de fronteras, varias tribus de indios que le sirvieron con eficacia en 1833; se puso al habla con los voroganos y los chilenos de Venancio, con los que celebró varias entrevistas en su estancia "San Martín". Rosas mismo, en la carta a Quiroga que he citado, dice que don Venancio era un cacique chileno que vino persiguiendo al célebre bandolero Pincheira y que estaba con él desde antes de la revolución de diciembre. Este cacique debió ser algún personaje importante de la política araucana puesto que Rosas lo trata de don; él, que estaba habituado a calificar con términos despectivos a todos los que no eran sus incondicionales.

Rosas, que a una inteligencia sutil y despejada, unía la viveza, la astucia y la socarronería del gaucho, estaba dotado de la admirable facultad de conocer a los hombres y penetrar sus intenciones y por eso no se equivocaba en la elección de sus colaboradores. Con la clara visión del futuro y el sentido de la doble vista que demostraba tener, sabía siempre donde se hallaba el hombre que necesitaba en cada caso y el momento oportuno de buscarlo y atraerlo para hacerlo servir a sus intereses. El famoso cacique chileno a quien él llamaba don Venancio; lo que prueba

el respeto y consideración que le inspiraba, debió ponerlo en comunicación con las más destacadas personalidades araucanas; y durante la expedición al desierto, entraría en relación con Calfucurá, que era el hombre indicado para gobernar la Pampa, dominarla con mano de hierro y mantener las hordas salvajes en sumisión y al servicio de Rosas; por eso lo buscó y lo trajo a nuestro país.

Que Calfucurá vino de Chile llamado por Rosas, lo declaró aquél mismo en una carta que escribió desde Michitúé el 27 de abril de 1861 a una persona a quien trata de hermano, en la que dice: “También le diré que yo no estoy en estas tierras por mi gusto, ni tampoco soy de aquí, sino que fuí llamado por don Juan Manuel, porque estaba en Chile y sol chileno; y ahora ha- ce como treinta años que estoi en estas tierras” (Archivo del general Mitre, tomo XXII pág. 18); en otra carta de la misma fecha dirigida a don Pedro Navarro le dice que hace mucho tiempo que vino de Chile y se quedó aquí porque los caciques le pidieron que se quedara para que los gobernase, a lo que accedió previa promesa que le hicieron de obedecerle en todo (mismo tomo, pág. 17). También le dice que con don Juan Manuel había hecho las paces para siempre.

Tres años más tarde, siendo el general Mitre presidente de la República, Calfucurá le escribe con fecha 6 de julio de 1864, y reiterando la manifestación anterior, le dice que él no es de este campo, pues bajó cuando el gobernador Rosas lo mandó llamar (Archivo citado, tomo XXIV, pág. 92). Con esto ya no queda duda que el don Juan Manuel de la primera carta es el mismo Rosas.

De este modo resulta completamente comprobado que Rosas trajo a Calfucurá para establecerlo en las llanuras argentinas, haciendo así al país un verdadero presente griego, pues el mencionado cacique y su sucesor en el Imperio de la Pampa tuvieron a la Nación en constante alarma y zozobra durante el cuarto de siglo que siguió a la caída del tirano, obligando al gobierno a hacer enormes sacrificios de hombres y dinero para establecer el imperio de la ley donde antes dominaba el de la barbarie con todos sus desmanes y tropelías. Si Rosas conquistó el desierto, como dice Saldías, lo conquistó por y para Calfucurá, que era el verda-

dero amo y señor y lo gobernaba con el absolutismo de un autócrata y la irresponsabilidad de un dictador.

Rosas y Calfucurá son dos tipos humanos que se complementan y como nacidos el uno para el otro: el primero en la civilización y el segundo en la barbarie creen sólo en el interés como móvil de las acciones humanas y en el terror como medio de hacerse obedecer; adoptan el mismo sistema de gobierno e idénticos métodos de dominación, creyéndose los enviados de Dios para realizar sus superiores designios; déspotas y tiranos, no reconocen más ley que su voluntad o su capricho ni más límite a su autoridad que su conveniencia individual o su comodidad personal; en ellos la arbitrariedad y la violencia reemplazan a la equidad y a la persuasión. Crueles e inhumanos estaban desprovistos de todo sentimiento de piedad e ignoraban la compasión: si Rosas hacía fusilar en Buenos Aires más de un centenar de indios indefensos para vengar agravios de la barbarie (Estrada, Lecciones de Historia, tomo II, págs. 405 y 439), las huestes de Calfucurá asesinaban salvajemente cerca de doscientos soldados encerrados en un corral, para escarmentar la osadía de los cristianos (suceso Otamendi, referido antes).

Los terribles malones de Calfucurá y su sucesor, que he referido, son todos posteriores a la caída de Rosas, y el número de lanzas y chusma que lo secundaba a cada uno, lo mismo que los degüellos de vecinos, robos de hacienda, saqueos de poblaciones, incendios y demás actos de bandolerismo, han sido tomados de las obras del Dr. Zeballos, que los funda en documentos auténticos, como partes de los jefes y oficiales que actuaron en la frontera, Registro oficial de Buenos Aires y de la Nación, Archivo del Ministerio de Guerra y Marina de Buenos Aires y de la Confederación, memorias de estos ministerios, mensajes oficiales, diarios de sesiones del Congreso Nacional y algunos otros que cita en cada caso; de modo que no es posible dudar de sus afirmaciones so pena de dar más autoridad a los relatos sin fundamentos de Saldías que a los partes de los jefes de frontera y documentos oficiales. El capitán de fragata Albarraeín, que actuó en la campaña del general Roca, también se funda en los mismos documentos.

Para clasificar con más acierto la expedición de Rosas al de-

sierto, es necesario recordar el momento psicológico porque pasaba la sociedad de la época. La profunda depresión moral que reinaba en las clases superiores, aterradas por las desorbitaciones de la mazorca y la abyección en que Rosas mantenía al pueblo, hacía inútil todo conato de protesta contra un gobierno que ahogaba en sangre cualquier manifestación del pensamiento que no fuera de su agrado. Desde el primer momento de su gobierno, Rosas comenzó imponiéndose de una manera brutal, según refiere Pelliza (pág. 127), Ellauri Obligado en "Los Principios" de ésta el 30 de abril y Quesada en "La Nación" de Buenos Aires el 9 de julio del corriente año, que mencionan y documentan el siguiente hecho: cuando el Dr. Marcelo Gamboa, abogado ilustre y patriota sincero, le pidió permiso, con toda corrección y cultura, para publicar su escrito de defensa de los Reinafé por el asesinato de Quiroga, Rosas escribió de su puño y letra en el libro de policía, el decreto denegatorio del permiso, en el que lo trataba de **desagradecido y bribón, atrevido, insolente, pícaro, impío, logista, unitario**, "y sigue así cargándolo con los epítetos más denigrantes y guarangos" (Pelliza), que habrían hecho sonrojar al mismo Calfucurá. Le prohíbe el ejercicio de la profesión y el uso de la divisa federal, aún en privado, y lo condena a no retirarse más de veinte cuadras de la plaza de la Victoria y a ser "paseado " por las calles de Buenos Aires en un burro celeste", caso de contravenir alguno de los castigos que le impone, debiendo ser fusilado inmediatamente si tratare de "fugar del país". Luego el bárbaro asesinato de Camila O'Gorman y el cura Gutiérrez, crimen que no tiene justificativo ni atenuantes, amén de todos los otros que se cometieron a su instigación, bajo su amparo o por su orden, como el degüello de un niño de doce años que no había cometido más falta que acompañar a su padre gravemente enfermo, (López, Manual de Historia, pág. 423, nota), dan la medida de la ferocidad del tirano que hoy se pretende disculpar a a base de unas cartas bondadosas que escribió desde el destierro. Estas tardías manifestaciones de bondad, como ha dicho alguien, son rasgo característico de todos los tiranos inclementes que han perdido el poder. Tal Nerón, el matricida, cuyo último pensamiento fué para compadecer al mundo por el gran artista que iba a perder.

El testimonio que invoca Saldías de las personas que acompañaron a Rosas al desierto en 1833, para probar el éxito de su expedición, falla por su base en este caso. Si Rosas dijo que había concluído con los indios y dominado el desierto, ¡cualquiera se iba animar a desmentirlo sabiendo que con ello se jugaba su libertad o su cabeza!

Garzón, hablando del estado de sociedad de la época, dice: “La preocupación constante de las autoridades del tiempo era la “adulación a Rosas” (III, 146), de la que no se escapaba ni el obispo ni el rector de la Universidad. Esto, por lo que respecta a Córdoba, pero en todo el país era lo mismo, y así dice Pelliza, que para Rosas “todo el que no lo adulaba le ofendía” (pág. 67). Para sus partidarios y amigos Rosas era Excelentísimo Señor, Brigadier General, Ilustre Restaurador de las Leyes, Héroe del desierto, Defensor heroico de las libertades americanas, Padre de la Patria; así, todo con mayúsculas.

Entre todos los adulones de Rosas, el más entusiasta y servil era nuestro gobernador López, que no perdía oportunidad para ensalzar su valor, sus méritos, su patriotismo, su sabiduría, sus virtudes (?), acompañado de toda la retahila de adjetivos encomiásticos y laudatorios que eran de su especialidad en estos casos. Pues bien, este gobernador López, a lo único que no se animó jamás fué a llamar a Rosas, Héroe o conquistador del desierto, como puede verse en la carta que le dirigió en 1849 con motivo de una de las tantas renunciaciones farsaicas de Rosas y en la que le dice: “Recuerde Ud., mi querido amigo, todo el trastorno que “hubo en el año 33 con su ausencia al desierto, las cábalas e in-“trigas que pusieron en juego los demagogos...” (Compilación de leyes de la provincia, tomo 7, pág. 362). López, gran amigo y admirador incondicional de Rosas, es el que ha dado el verdadero nombre a la marcha de Rosas al desierto, que a estar a los resultados que produjo, no fué expedición, ni campaña, sino simplemente ausencia.

El juicio que merece a nuestros historiadores — con excepción de Saldías — la ausencia de Rosas al desierto, es completamente desfavorable, pues la mayor parte no le conceden importancia y la consideran más bien contraria a los intereses del país,

como he dicho, aunque a Rosas personalmente le fué de inmenso beneficio.

El Dr. Zeballos dice en "La conquista de quince mil leguas" (pág. 19), que la expedición de Rosas al desierto fué un fracaso; Estrada, en sus lecciones de historia (tomo II, págs. 394 y 395), dice que fué una farsa y una burla, y en "Política liberal" (pág. 38), que con esa expedición "se adhirió las masas, más íntimamente que lo habían estado jamás, en fuerza de crueldades, de cinismo, y de extravagancias".

El general Mansilla, que como se sabe, era sobrino carnal de Rosas, y que por sus vinculaciones de familia y su destacada actuación personal en las fronteras, está en mejores condiciones que cualquier otro escritor para hablar con más conocimiento de causa y exactitud sobre estas cuestiones, dice en su libro "Rosas" que éste después de la campaña del desierto no podía decir, **fuí, vi y vencí**; que esa expedición fué de "relativa utilidad" y "un negocio pingüe para la provincia de Buenos Aires y sus pro-hombres"; que "tuvo consecuencias desastrosas para la civilización", y que "dió paso más activo a la inmigración araucana con detrimento argentino y beneficio chileno" (págs. 56 y 57). Las consecuencias desastrosas a que se refiere Mansilla no pueden ser otras que la traída de Calfucurá y su alianza con el tirano; lo demás lo he dicho ya.

Una última palabra para terminar. La campaña del general Roca no tuvo por resultado la extinción de los indios, sino su sometimiento a las autoridades y leyes de la Nación y la extirpación total y definitiva de sus malones, que eran la ignominia del país.

El general Roca no acabó con los indios, sino con sus desmanes, latrocinios y matanzas, y tan es así, que según el censo de 1869, diez años antes de esa campaña, la población indígena de las gobernaciones nacionales del sud era de algo más de 42 000 almas, como he dicho, y en 1895, quince años después de la misma, la población indígena de toda la República se calculó en más de 100 000 almas, y como la mayor parte corresponde a las gobernaciones del sud, quiere decir entonces que éstas aumentaron su población de 42 000 a 50 000 almas por lo menos. (Ver el libro y página del censo antes citado).

A pesar de este aumento de la población indígena, y de haberse cumplido el medio siglo de la campaña del general Roca, no se han repetido los malones anteriores, que pasaron definitivamente a la historia, y hoy no queda más que su recuerdo.

BIBLIOGRAFIA

- Vicente F. López: Historia de la República Argentina.
- Vicente F. López: Manual de Historia Arg. Buenos Aires, 1916.
- Adolfo S. Saldías: Historia de la Confederación Argentina. Buenos Aires, 1892.
- Estanislao S. Zeballos: Descripción amena de la R. Argentina.
- Estanislao S. Zeballos: La conquista de quince mil leguas.
- Estanislao S. Zeballos: Callvucurá y la dinastía de los Piedra.
- Estanislao S. Zeballos: Painé y la dinastía de los Zorros.
- Mariano A. Pelliza: La dictadura de Rosas, Bs. Aires, editor Rosso.
- Manuel Bilbao: Historia de Rosas, B. Aires, 1919.
- Lucio V. Mansilla: Una excursión a los indios ranqueles.
- Lucio V. Mansilla: Rosas. París 1898.
- José Manuel Estrada: Lecciones sobre historia de la R. Argentina. Buenos Aires, 1896.
- José Manuel Estrada: La política liberal bajo la tiranía de Rosas. Buenos Aires, 1921.
- Ignacio Garzón: Crónica de Córdoba.
- Dionisio Schoo Lastra: El indio del desierto.
- Ramón J. Cárcano: Juan Facundo Quiroga.
- José I. Garmendía: La cartera de un soldado.
- Santiago J. Albarracín: Conquista del suelo patrio.
- Archivo del general Mitre.
- Archivo de Gobierno de Córdoba.
- Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, tomo I. Contiene datos muy importantes sobre los araucanos. Catalogado bajo el número 1648 en la biblioteca de la Universidad.